

1

4D

EL VÍNCULO

Como cada mañana, con la primera luz del día, empieza a removerse de un lado a otro de la cama. Sus movimientos son lentos, flemáticos, cargados de una torpeza aparatosa, trágica, como si arrastrara una pesadumbre de siglos. Sabes que quiere levantarse, aunque él no te diga nada. Tú tienes que asistir a la escena como una mera espectadora, como si solo fueses una extraña que comparte cama con él, como si décadas de convivencia no hubieran sido capaces de enhebrar una complicidad sólida, como si esta nunca hubiese existido. Tú, una mañana más, sabes que se trata de la misma e irrenunciable rutina de todos los días, que debes mantener el tipo, reprimir una queja, un llanto, contener esa tristeza infinita que te corroe. Cualquier muestra de debilidad te resultaría un comportamiento vergonzoso, inadmisibile, imperdonable.

—¿Te ayudo? —preguntas cuando le ves que, inquieto, quiere incorporarse.

De repente, detiene su laboriosa maniobra, se gira y te mira con extrañeza, con incredulidad, como si estuviera ante la visión de un fantasma. Emite una especie de gruñido, de sonido áspero y abrupto, imposible de transcribir, y guarda silencio, como siempre. Es su manera de responder.

Sigue moviéndose con dificultad hasta que logra su primer objetivo del día: sentarse en el borde de la cama. En esa posición, con la expresión vacía, blanca, se queda durante varios minutos con la mirada clavada en la ancestral y agrietada foto en sepia del día de vuestra boda que cuelga de la pared. Tú, en primer plano; él, detrás, abrazándote por la cintura con sus fornidos brazos de campesino incansable. Ambos, ilusionados, felices, sonreís a la vida, al futuro.

Le pones las zapatillas y le ayudas a incorporarse, a mantener una primera verticalidad lo más estable posible antes de dar los primeros pasos. Sientes el mismo calambre de las últimas semanas en la zona lumbar. Sin embargo, sabes que tienes que ser fuerte. No existe el dolor. No necesitas ayuda. No quieres necesitar ayuda.

Os dirigís hacia el aseo. Aquí le afeitas, le enjabonas la cara y los brazos con cariño, con esa ternura amable y condescendiente que surge del amor puro y sin fisuras. Él se deja hacer. Siempre se dejar hacer. Del mismo modo que, cuando le secas, se aferra a ti antes de salir en dirección hacia la cocina, donde le das el desayuno: un tazón de leche con siete galletas. A veces se le escurre un hilo de leche por la comisura de los labios. Le limpias con la servilleta de la entereza y el afecto incondicional. Él no dice nada. Nunca dice nada. Tú siempre le tratas con la misma dulzura, con el mismo amor con el que hubieses tratado a esa criatura que, desgracia del destino, nunca pudiste engendrar, nunca supiste si en realidad podrías haber engendrado, aunque el dictamen del ginecólogo parecía no dejar lugar a la duda: Valentina, lo siento, eres estéril.

Mientras preparas la comida y arreglas la casa, él se mantiene sentado en su sillón de escay mirando sin ver la televisión. Parece una estatua. No dice nada. Nunca dice nada. Solo mira al frente, embelesado en la espesura del vacío.

A media mañana, cuando reina un cálido y apetecible sol primaveral, salís de casa para dirigiros a un prado cercano. Hace meses dejaste atrás los miedos, las palabras maldicientes de vecinos murmuradores que te generaban repentinos ataques de ansiedad. Ya no te importa lo que digan. Ya no te importa escuchar frases manidas como “con lo que ha sido él”, “y parecía que estas cosas solo les tocaba a otros”, “pobre Valentina lo que tienes que aguantar”. Cuando se vive en la desesperación más cruda y asfixiante, se aprende a diferenciar y a priorizar aquello que es realmente sustancial,

aquello por lo que realmente merece la pena vivir y seguir hacia adelante, de aquello que es secundario, inocuo.

Él avanza con paso trémulo, apoyándose en ti, su fiel cayado. Arrastra los pies, como si las piernas únicamente tuvieran las fuerzas justas para facilitar el movimiento.

De pronto, al llegar a la misma colorida zona de flores de todos los días, te hace un gesto con la mano para que os detengáis. Sus ojos se abren al máximo, como si despertara a la vida. Tú sonrías. Eres consciente de que es el momento más importante del día, que tienes que aprovecharlo como si fuera el último.

Se libera de tu apoyo y, de repente, se dirige hacia las flores con una energía extraordinaria, como si hubiera recuperado toda la agilidad que va perdiendo día a día desde que aquel tipo de bata blanca emitió su diagnóstico y te dijo que, a partir de entonces, tus principales aliados serían el amor, todo el amor del mundo (así lo dijo), y la paciencia. Su gesto incluso parece rejuvenecer. Se agacha con facilidad hacia las flores y las arranca con cuidado, una a una, hasta conformar un vistoso ramo.

—¿Tú crees que estas flores le gustarán a Valentina? —te pregunta con una voz que suena clara y contundente, sólida, férrea, y, al mismo tiempo, tierna, delicada.

Una mañana más, quieres decirle que tú eres Valentina, que quieres que vuelva a ser quien era; sin embargo, asumes que las flores, como aquellas que, cuando estabais de novios, te regalaba cada semana al salir de la sastrería en la que trabajabas como costurera, son el último vínculo, el único eslabón que te acerca a lo que fue, ese nexo de ilusión que os mantiene unidos a su manera, ajenos al tiempo, a la tristeza.

—Seguro que la van a encantar —le sonrías.

—La quiero tanto... Algún día tengo que pedirla que se case conmigo.

Te entrega el ramo de flores y, cabizbajo, sereno, como si regresara a esa cueva oscura y tenebrosa en la que se consume, vuelve a apoyarse en tu brazo e iniciáis el camino de regreso a casa, a vuestro hogar.